



Premios Isabel Zendal

2023

V EDICIÓN

**de Promoción
do Pensamento Crítico
en Educación Secundaria
e Bacharelato**



UNIVERSIDADE DA CORUÑA



círculoescéptico

Premios Isabel Zendal de promoción do pensamento crítico en educación secundaria e bacharelato. V edición

Unidade de Divulgación Científica e Cultural (ed.)
A Coruña, 2023

Universidade da Coruña, Servizo de Publicacións

Núm. de páxinas: 36

Índice: p. 3

DOI: <https://doi.org/10.17979/spudc.000022>

© da edición, Universidade da Coruña

© dos textos, os autores e autoras



Esta obra publícase baixo unha licenza Creative Commons
Atribución-Compartir Igual Internacional
(CC BY-SA 4.0)

Índice

Presentación	5
El doctor Abdul	7
¿Sabías que?	11
Los alimentos light	15
La prisionera de los bulos	17
Supermercada	25
Sen título	29

Presentación

O pensamento crítico é unha competencia clave na educación da cidadanía para formar persoas libres, autónomas e críticas, que poidan tomar decisións na súa cotiandade sen caer na manipulación mediática e na difusión de noticias e crenzas falsas.

Os Premios Isabel Zendal teñen precisamente como finalidade este obxectivo: promover o pensamento crítico e a cultura científica entre a xuventude, vítima en moitas ocasións da difusión e divulgación de falsidades. Esta é a carta de presentación destes premios, concibidos como unha actividade de extensión universitaria da Universidade da Coruña, por medio da Unidade de Divulgación Científica e Cultural e en colaboración co Círculo Escéptico e a Deputación da Coruña.

O certame está dirixido ao alumnado escolarizado en centros educativos españois desde o primeiro curso da educación secundaria obrigatoria (ESO) ata o segundo curso de bacharelato, de modo que consta de dúas categorías de participación: unha para o alumnado de 1.º a 3.º curso da ESO e FP básica; e outra para o alumnado de 4.º da ESO a 2.º de bacharelato e mais dos ciclos formativos de grao medio.

A participación no concurso realízase a través dun xénero literario, que pode ser un artigo xornalístico, a exposición divulgativa dun experimento desenvolvido polo alumnado, un conto ou un relato curto. Valórase que os traballos integren os valores do pensamento escéptico e científico, a difusión do coñecemento, a ciencia e os seus métodos, a refutación das pseudociencias, a loita contra a difusión de enganos e noticias falsas, así como a loita contra as diferentes violencias que se perpetúan a través de loias que atentan contra a dignidade das mulleres, colectivos LGTBIQ+ ou inmigrantes, entre outros.

Neste volume, que agora presentamos, recóllense os traballos premiados nesta cuarta edición dos Premios Isabel Zendal, convocada en xaneiro de 2022 e cuxa resolución tivo lugar en maio do mesmo ano. Quero agradecer a dedicación e o compromiso das persoas con quen tiveron o pracer de compartir xurado: Francisco Armesto Ramón, Marisa Castiñeira García, Manuel Francisco Herrador Barrios, Susana Ladra González e Carlos Cayetano Vizcaíno Fernández.

Finalmente, cabe sinalar que nesta cuarta edición se recibiron 33 propostas e os premios viaxaron a diferentes lugares da xeografía galega, aínda que tamén se recibiron propostas de fóra de Galicia. O certame parece consolidarse entre os mozos e mozas fomentando o seu espírito crítico e axudando a formar mentes abertas con base científica.

A Coruña, 17 de xullo de 2023.

M.^a Cristina Naya Riveiro,
coordinadora da Unidade de
Divulgación Científica e Cultural.

El doctor Abdul

Nerea Cervera Rivera

Primeiro premio, categoría A

Antes de contaros la increíble historia que me ocurrió, voy a presentarme. Me llamo Abdul Mahmet. Soy sirio y me dedico a la sanidad. Mi profesión es: médico. Casi siempre en urgencias de la ciudad de Alepo. Soy musulmán y me gusta practicar la oración y muchas de sus tradiciones, pero también entiendo que los tiempos han cambiado y debemos abrir nuestra mente y nuestro corazón para adaptarse a un cambio por el bien de nuestros hijos y nuestras mujeres. Esto ya me había causado algún problema en mi país, que no ve con buenos ojos esos pequeños pasos que algunos queremos dar hacia una sociedad más justa.

Todo se puso peor cuando fuimos atacados e invadidos por el Isis. En ese momento, no me quedó más remedio que huir de mi querido país porque sabía que ya había llegado a sus oídos que yo no cumplía con todos los preceptos que ellos exigían.

Después de muchos meses atravesando montañas y pasando penurias por Turquía, Grecia e Italia, casi sin dinero y sin ropa, una hermosa familia española de Almería, nos dio cobijo en su casa. Había tenido la suerte de que en ningún momento me había tenido que separar de mi mujer, ni de ninguno de mis dos hijos, aunque las únicas pertenencias que teníamos eran una mochila con un poco de ropa y los papeles con mis títulos universitarios, envueltos en un plástico.

En ese momento éramos noticia en todos los telediarios: “los refugiados sirios necesitan ayuda”, un plan especial para nosotros, pero la realidad es que la solidaridad vino de la gente humilde, del pueblo y las familias españolas que nos acogieron con mucho cariño.

A los pocos meses de estar en España, conseguí trabajo en un hospital de la ciudad, y, con bastante dificultad con el idioma, puesto que sólo sabía algunas palabras en español e inglés, fui habituándome a la nueva rutina. Descubrí que en España también había mezquitas donde rezar, y que todas mis ideas las podría llevar a cabo sin ningún miedo. Era feliz. Lo que menos me esperaba era lo que iba a suceder.

Un día, después de la oración en la mezquita, mientras volvía para casa con mi túnica blanca de rezo y mis sandalias de cuero, vi en un callejón cómo un hombre forcejeaba con una mujer que se negaba a ir con él. El individuo cada vez se enfurecía más y gritaba más a la mujer, que se negaba una y otra vez. De repente, el hombre sacó un cuchillo y se abalanzó sobre ella, mientras le decía que sólo sería suya. Antes de que me diera cuenta, salté sobre él y nos caímos al suelo. La mujer salió corriendo y el cuchillo cayó a mis pies.

Pasaron unos segundos y un grupo de chicos, se acercó a separarnos, pero al verme con un cuchillo al lado, sólo se preocuparon por poner a salvo al hombre y llamaron a la policía, alertándoles de que yo había atacado a un hombre. En cuanto llegaron las patrullas, me llevaron detenido, sin mediar palabra.

Aunque fue una situación incómoda e injusta, entendí el contexto de confusión: un musulmán con túnica, barba y un cuchillo a sus pies, parecía de todo, menos inocente. No debería de ser así, pero sólo había que dejar que todo se calmase, que la mujer declarase y todo se solucionaría.

¡Qué equivocado estaba! La mujer, nunca apareció. Supe que tenían hijos en común y seguían viviendo juntos. Como más tarde confesó: no podía dejar a sus hijos con su padre en la cárcel.

Fueron días de frustración, de no creer en la sociedad, de ver cómo mentían en mi cara. Había visto bombas destruir casas, pero me costaba creer que una mentira fuera tan bien vista por todo el mundo.

Pero eso no fue lo peor. En redes sociales y en algunos medios de comunicación empezó a correr el bulo de que yo pertenecía a una cédula terrorista que me había camuflado entre los pobres refugiados sirios para llegar a España y cometer algún tipo de atentado.

Los policías que me interrogaban ya no llevaban uniforme, sino corbata. Los presos de preventiva se alejaban de mí. El bulo cada vez se hacía más grande y, lo peor de todo, era que tampoco me dejaban hablar con mi mujer.

¿Qué os parece? Yo, un musulmán que quería cambiar las costumbres anticuadas de su religión, acusado de ser el más radical de los suyos...

¿Cómo me salvé de prisión? Gracias a Alá, un joven abogado del pueblo de Mojácar. Él creyó en mí y consiguió que una pequeña tienda que había en el callejón donde todo había ocurrido, cediese las imágenes de sus grabaciones de ese día (esas que nadie antes había querido investigar) y en las que se podía ver cómo había ocurrido todo realmente.

No hubo disculpas, tampoco rectificaciones, ninguna aclaración pública de lo sucedido. Simplemente no se volvió a hablar del tema.

Mi vida continuó como si hubiera sido una pesadilla y los hechos contados jamás hubiesen ocurrido. Eso sí, pocas semanas después, se aumentó el presupuesto para la lucha contra el terrorismo.

¿Sabías que?

Sofía Carou Barreiro
Segundo premio, categoría A

¿Sabías que la salmonelosis produce unos síntomas horribles?

Era un bonito día de verano. Bonito, pero como otro cualquiera. Salvo por un pequeño detalle: el restaurante de Manuel iba a celebrar una fiesta.

Pero no era una de esas de “¡10 años desde que abrimos!”, no. Celebraban, nada más y nada menos, que la obtención de una estrella Michelin.

Y es que el conejo de este local había traspasado las fronteras. Se había convertido en un lugar de interés gastronómico para los turistas que visitaban Alquézar, en Aragón.

Manuel no cabía en sí de felicidad. Su sueño se había hecho realidad. Pero esto solo era el comienzo: ahora que se había ganado un nombre, las cosas solo podían mejorar. Vendrían más clientes, le harían entrevistas... ¡La cosa iba sobre ruedas!

A la fiesta estaban invitados los clientes más habituales y sus familiares. Todas las mesas estaban juntas y el ambiente era festivo. En la habitación resonaban gritos de alegría, y se escuchaba: “¡Otra más de conejo por aquí!”, cada dos por tres.

El día se hizo corto. Ya bien entrada la noche, los invitados se fueron yendo poco a poco, y Manuel se quedó solo en el restaurante. Cogió la fregona y se puso a limpiar. El suelo estaba pegajoso por todos los líquidos derramados. Eso le hizo reír.

Dos horas después, terminó sus tareas y se dejó caer en una silla. Por inercia, cogió su móvil para ojear las publicaciones de Instagram de los conocidos que fueron a la fiesta. Sonrió al ver todas las fotos que él mismo sacó. La gente ya había comenzado a comentarlas, y todo era positivo.

Luego pasó a ver Twitter para entretenerse un rato. Nada de lo que veía le interesaba. Pero hubo una cosa que llamó su atención.

“A los médicos, ¿cuándo vais a avisar de que la salmonelosis se puede transmitir a través del conejo? Seguimos esperando.”

¿Qué clase de broma era esa? La salmonelosis no era una enfermedad que se pudiese coger por comer conejo. Al menos, no uno bien cocinado. Manuel suspiró indignado y apagó la pantalla del móvil. Caminó hasta su casa, cansado pero contento, y se echó en cama. Esa noche durmió muy tranquilo.

Al día siguiente, su rutina comenzó de nuevo. De camino al restaurante, escuchó a un par de adolescentes.

-¿Escuchaste lo de la salmonelosis? ¡Qué peligro!

Bueno, parecía que había habido un brote de salmonelosis del que no se había enterado.

Una vez en el restaurante, preparó todo mientras los empleados llegaban. Era verano y solían tener muchos clientes. Sin embargo, no fue así ese día.

Sorprendido, Manuel se resignó y cerró antes de tiempo. Dejó que sus empleados se fueran. Antes de salir, uno de ellos se acercó a su jefe.

-Oye, Manuel. No sé si has visto Twitter últimamente, pero... Hay un chico por ahí diciendo cosas estúpidas sobre la salmonelosis. Y creo que los resultados de hoy...

Manuel le paró y le dijo que no se preocupase. Por un comentario sin fundamentos, la gente no iba a dejar de ir a su local.

Pero las cosas iban yendo a peor. Los clientes se habían reducido considerablemente y los ingresos bajaban. Muchos de los habitantes del pueblo que solían ir al restaurante habían desaparecido del mapa. Solo unas familias muy habituales seguían yendo a comer allí frecuentemente.

Manuel estaba muy nervioso y comenzó a tener algo de ansiedad. Pero no dejó que eso le desanimase.

Pero nada cambió. Los días pasaban y los clientes disminuían. Tenía pesadillas y sufría día y noche pensando en su decadente negocio. Siempre que veía a gente conocida por la calle, intentaba convencerles de que no había peligro en su restaurante. Pero ellos solo se disculpaban y se iban. No hacían caso.

Sin darse cuenta, ya habían transcurrido tres meses. Ya no tenía clientes. Ya no tenía empleados. Ya no podía seguir adelante. Una tarde de comienzos de otoño, su restaurante cerró. La mayor parte del pueblo estaba allí cuando Manuel dejó caer la verja que nunca más se abriría. La gente hablaba, decía cosas como: "¡Qué pena!".

Manuel, en cambio, no articulaba palabra. Solo miraba a su antaño precioso local. Un amigo le palmeó el hombro y se lamentó. Manuel le apartó la mano bruscamente y le gritó que se callase. Todo el mundo le miraba extrañado. Una mujer se quejó diciendo que estaba siendo desagradecido.

-¿¡Desagradecido!? Siempre he sido tan bueno...Pero en cuanto una noticia falsa aparece, ¡todos os vais!

La gente se asustó por lo mucho que chillaba y la multitud comenzó a dispersarse.

-¡Falso! ¡Todo es falso! ¡Todos lo sois!

Sí. Todo era falso, nada era cierto. Pero todos se creyeron la mentira y ahora ya no le quedaba absolutamente nada.

El pecho le ardía de rabia. En su mirada solo había odio por la injusticia. De su boca solo salían alaridos de ira. Un par de chicos se quedaron para intentar calmarle, pero él los echaba a empujones.

Tiró una papelera de una patada mientras chillaba “¡Falso!”. Le pegó puñetazos a la verja de su amado pero vació restaurante, hasta que le sangraron los nudillos. Le pegaba a la salmonelosis. Golpeaba a Twitter.

¡Ah, su sueño! Su carrera. Su vida. ¿Qué había sido de las entrevistas, de la gloria tras la estrella Michelin? Ya no le quedaba nada. Se le escapó todo entre los dedos.

Gritó y gritó sin parar. Le dolían los pulmones y tenía la garganta destrozada. Pero siguió gritando.

Un mes más tarde, Manuel se encontraba en el banco mirando la pantalla del cajero automático con la mirada perdida. Entonces, escuchó a unas mujeres hablar.

-Oye, ¿sabías que...?

Los alimentos light

Valeria Rodríguez Ramos
Terceiro premio, categoría A

Actualmente a la gente le preocupa engordar, más que, por ejemplo, hace veinte años.

Habrán diferentes motivos, pero uno de los principales son las redes sociales, ya que ahí se ven chicos/as perfectos/as, con cuerpos perfectos.

Debido a esto la preocupación aumenta y el engordar puede provocar un miedo exagerado, enfermizo e irracional. Este miedo, conocido como LIPOFOBIA, es uno de los criterios diagnósticos de la anorexia y la bulimia, y se manifiesta como insatisfacción de la imagen corporal. Las diferentes marcas de diferentes productos alimenticios, en su afán por conseguir mayores ventas y cubrir las necesidades de los clientes, han lanzado al mercado productos sin azúcar, sin cafeína, light, sin lactosa, desnatados, semidesnatados, eco...infinidad de variedades sobre el mismo producto que, en primer lugar, lo que crean al consumidor es confusión.

Estos se califican como más sanos o que te ayudan a adelgazar. Podrán ser más sanos, sí, pero un mito es que te ayudan a adelgazar. Esto se debe a que, por ejemplo, aunque no tengan azúcar, el valor energético y calórico original es muy similar al del producto que sí tiene azúcar. Un alimento light, alimenta igual que un alimento con su versión "original", y, por lo tanto, engorda lo mismo.

Diferentes estudios, han analizado los efectos de dos tipos de alimentos: los reducidos en grasa, y los que tienen edulcorantes bajos. Unos dicen que los alimentos bajos en grasas ayudan a perder peso, y otros dicen que los alimentos bajos en edulcorantes podrían ayudar a reducirlo ligeramente. Pero, ¿la ciencia dice lo mismo?

Los resultados estimados sobre una investigación dicen que han realizado un estudio de productos lácteos ligeros en grasas no muestran que actúen beneficiosamente en nuestro cuerpo, aunque tampoco lo perjudiquen. Solamente el yogur light muestra un resultado beneficioso en nuestro cuerpo.

Han hecho muchos estudios, pero, ninguno ha certificado que podría tener relación el consumo de alimentos light con el peso.

Únicamente la OMS (Organización Mundial de la Salud) recomienda que para tener una dieta saludable, hay que intentar consumir pocas grasas, sustituir las grasas saturadas por las no saturadas, aumentar el consumo de frutas, verduras, hortalizas, legumbres, cereales integrales, frutos secos (que otro mito dice que estos engordan pero no es cierto, es más, son muy buenos para la salud de las arterias, disminuyen la inflamación relacionada con enfermedades cardíacas, disminuyen el riesgo de coágulos sanguíneos, que pueden causar problemas cardíacos...) Y también disminuir en nuestra alimentación el consumo de sal y azúcar, pero en ninguna parte se dice que para bajar nuestro peso debemos consumir alimentos light. Así que, se puede denominar como un bulo de internet.

La prisionera de los bulos

Alejandra Navas y Paredes Pérez
Primeiro premio, categoría B

Akila no es de esas alumnas que no atienden en clase, ni de las que no entienden una lección. Por lo general, es una chica muy espabilada, pero hoy, después de su clase de filosofía, se quedó pasmada; no podía comprender lo que le habían enseñado esa mañana, y mira que continuó reflexionando en la clase de matemáticas (y por ello se llevó una reprimenda...). En el trayecto a casa solo podía pensar en las preguntas que le planteó el profesor al terminar la explicación: ¿qué es la realidad? ¿qué es verdad y qué no lo es? Akila sentía que el cerebro le iba a explotar.

Agotada, se tumbó en el sofá y se puso a ver las noticias.

El presidente de Egipto presuntamente ordenó la producción de más de 40.000 cohetes con el objetivo de enviarlos a Rusia. Egipto es uno de los aliados más cercanos de EEUU en Oriente Medio. Los documentos de alto secreto del supuesto acuerdo de entrega de misiles entre Egipto y Rusia han sido publicados por el Washington Post. El presidente, por su parte, lo ha negado todo —dijo el presentador de noticias.

Los enfados por ambas partes se han incrementado en las últimas horas, ya que los dos bandos se acusan mutuamente de propagar bulos — comentó su compañera.

Akila, abrumada, empezó a sentirse aturdida. Las luces se iban y venían, la tele cada vez se veía más borrosa, los colores se mezclaban cada vez más, los movimientos se juntaban creando líneas de luz, y los sonidos cada vez retumbaban más en los oídos de Akila.

La noticia le ha dado la excusa perfecta a Estados Unidos para atacar con bombas nucleares a Rusia y Egipto. La tercera guerra mundial ya no es una distopía, es una realidad —dijo, con voz difusa, el presentador.



Dibujo de elaboración propia.

Akila no podía más, por lo que cerró los ojos hasta que se sintió en calma. El volumen había bajado, las luces se habían apagado, olía a madera antigua y a libros viejos. Akila alzó la mirada y se encontró a un individuo muy particular.

— ¡Uf, qué barbaridad! No deberías estar viendo estas imágenes, no es educativo. Esto de los bulos es bastante interesante; me recuerda al mito que planteé hace unos siglos, el mito de la caverna.

Imagina unos hombres en una habitación subterránea en forma de caverna con una gran abertura del lado de la luz. Se encuentran en ella desde su niñez, sujetos por cadenas que les inmovilizan las piernas y el cuello, de tal manera que no pueden ni cambiar de sitio ni volver la cabeza, y no ven más que lo que está delante de ellos... —comentó Platón, preparado para dar su sermón.



Dibujo de elaboración propia.

— No, no, no... no me cuentes el mito, ¡no lo entiendo! Es muy complejo. En clase lo hemos dado y no sé qué querías decir —dijo Akila, frustrada.

— Oye, si no has entendido el mito no es por mí; será porque tienes un mal profesor.

Lo que podemos hacer es plantear el mito de otra forma —dijo Platón.

En ese momento apareció un proyector y la televisión se apagó; el proyector mostraba una luz deslumbrante.

— Como ya sabrás, en el mito hablo del fuego. Lo único que pueden ver los prisioneros son unas sombras proyectadas sobre el fondo de la caverna gracias a la luz del fuego. Pues esto es lo mismo. El proyector solo muestra una parte de la realidad. Unas sombras de lo que de verdad está ocurriendo —sentenció Platón.

Levántate. ¿Dónde desearías estar ahora mismo? ¿Cuál es tu sitio soñado? —continuó.

— En el mar, con los peces y las ballenas —dijo, sonriente, Akila.



Dibujo de elaboración propia.

A continuación, Platón proyectó el mar. La niña estaba entusiasmada. Se colocó frente al reflector y la imagen se proyectaba sobre su piel. Era como si pudiera notar el mar. Los peces que pasaban a su lado creaban ondas y Akila las percibía como reales.

— *Cuanto más ganas tengamos de que algo sea cierto, más fácilmente nos creemos que lo es* —afirmó Platón.

En ese momento, Akila empezó a quedarse sin aire; sus dedos se humedecían y sentía la presión del agua en todo su cuerpo. La chica miró al filósofo: ya no quería vivir una experiencia falsa y apartada de la realidad. Platón volvió a poner la proyección en blanco y Akila se sentó en el sofá.

De repente, Akila no se podía mover. Había una fuerza que la ataba al asiento y no podía retirar la vista de la proyección.

— *He observado que los humanos de hoy están obsesionados con las tecnologías. Súbditos de las redes, marionetas sin pensamiento crítico que siguen a la masa y no comprueban las fuentes de información. Por eso estás atada al sofá, como el prisionero de la cueva, pero, en vez de las cadenas, te esclaviza tu propia falta de voluntad para ir más allá de las apariencias.*

Platón, para seguir con su lección, proyectó la continuación de la noticia sobre el conflicto armamentístico.

— *El presidente alega que Egipto está al margen de los conflictos. Dice que Estados Unidos utiliza el bulo de los misiles para acusar a Rusia y Egipto de deshonestos y justificar su ataque. Pero, todo lo contrario* —dijo el presentador.

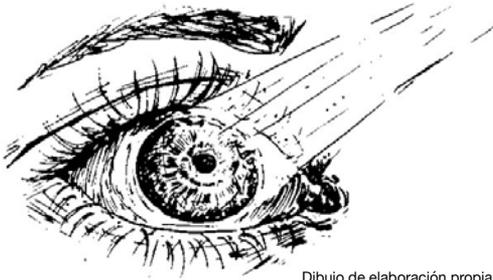
Platón pausó la noticia y procedió a impartir su clase.

— *Si, por ejemplo, el presidente censurara todo y solo te diera esta información, no sabrías más que esto. Tu verdad sería tu interpretación sobre la poca información que tienes.*

— *¿Y cómo podría dejar de caer en la trampa de las medias verdades y manipulaciones?*

— Debes comprobar todas las fuentes en las que adquieres información, consultar en más de una página web, y, si solo encuentras una o dos, pon en duda su veracidad. Siempre hay que cuestionarse las cosas. El camino de la ciencia, Akila, no es fácil; al revés, es un camino largo y fatigoso, pero bello —Platón hizo una pausa.

Te libero de tus cadenas. Ya te puedes ir.



Dibujo de elaboración propia.

En el momento en que Akila se pudo mover, se asomó a la terraza. Al principio los ojos le dolían por el esplendor del Sol, que no se acostumbraban a la luz. Cuando pudo habituarse, empezó a verlo todo con claridad.

La niña decidió bajar a la calle. Allí había pantallas por todas partes que hablaban de la guerra, pero nadie les hacía caso, ya que estaban acostumbrados a ver lo mismo todos los días. Akila no podía creer que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando. Miraba a los televisores con furia. Cuando, de pronto, una mujer se acercó a ella.

— Querida, no pierdas tu tiempo viendo las noticias, son todo bulos. Egipto es un país fuerte y honesto, no tenemos nada que ver con la guerra —dijo la señora.

— ¿Cómo sabe usted que es honesto? ¿acaso tiene alguna prueba de que, en efecto, nunca pensaron en mandar los misiles?

— *No, no tengo pruebas, pero no se trata de eso. Se trata de creer en tu país, creer al presidente, que por algo nos representa.*

— *La creencia no es una buena base para un argumento crítico, ya que creemos lo que queremos creer. Se debe tener un pensamiento objetivo sobre las noticias y cuestionar en todo momento a las personas que lo anuncian, incluso cuando son gente de alto cargo. Todos pueden mentir, ser engañados y estar equivocados* —argumentó Akila.

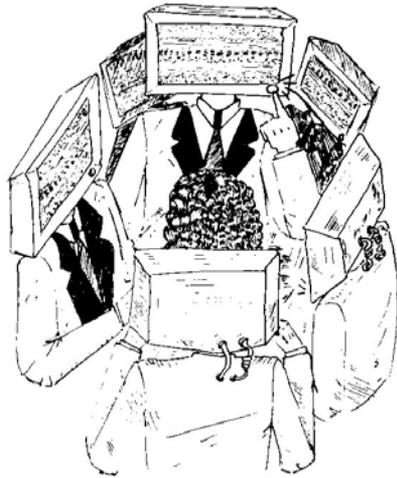
— *Bah, tú qué vas a saber, eres una cría. Estos son asuntos de mayores. Se ve que no has madurado lo suficiente.*

— *Mi edad no me impide ver la realidad. Estáis siendo manipulados y no intentáis examinar la información que nos rodea. Gran parte de la realidad en la que vivís está creada con bulos y noticias parcialmente ciertas.*

— *¡Estás loca! Solo sabes decir mentiras. Eres como uno de esos estadounidenses...*

De pronto, lo que parecía una sombra se dio la vuelta. No era una persona; aunque tenía cuerpo de persona e iba trajeado, tenía una tele como cabeza. En un abrir y cerrar de ojos estos seres se multiplicaron. Todos perseguían a Akila y la acorralaban formando un círculo.

Las teles empezaron a pitar “bip, bip, bip”.



Dibujo de elaboración propia.

Akila se despertó de golpe del sueño tan extraño que había tenido. La alarma estaba sonando: “bip, bip, bip”. Miró la hora y eran las 7:00 am —hora de levantarse para ir al instituto. Ya sabía cómo responder al profesor acerca de las preguntas que le había planteado.



Dibujo de elaboración propia.

Supermercada

Carla Dopazo Pavón
Segundo premio, categoría B

Espertara ese día sabendo perfectamente que sería o último. Vaia, máis ben que desexaría que fose o derradeiro. A pesar disto, tivo que seguir a súa rutina con perfecta naturalidade, non por ela, polos seus fillos. Así, tomou unha ducha, a derradeira que a faría sentirse limpa; vestiuse por última vez e levou aos nenos ao colexio. Botaríaos máis de menos que a ela mesma, pero todo o facía por eles, para que puidesen medrar e rir sen preocuparse por máis que por levar os deberes ao día seguinte.

Volveu á casa que mercara co seu home aló polo 2006, cando todo ía ben. As últimas dúas crises non as soportaron, nin eles nin a súa conta bancaria. Por iso esta viúva tan nova non puido facer fronte aos gastos. Por iso non pode pagar xa as cuotas da hipoteca e vai perder a casa. Por iso non pode pagar os suministros e mañá lles curtarán a auga e a luz. Por iso está tan delgada e os seus fillos ven, con sorte, dúas comidas ao día. Por iso chora todas as noites maldicindo ao seu marido por deixala voluntariamente. Por iso tivo que tomar esta decisión.

Recolleu a casa, puxo as cousas dos seus nenos en maletas e escribiu a carta máis dolorosa que unha nai pode redactar. Iso si, cunhas cantas mentiras piadosas: íase traballar a unha empresa moi alonxada e eles non podían ir con ela, mais recibirían cartos e, con sorte, algunha carta. Vivirían co seu tío e, cando puidese e chegase o

momento, volvería buscalos. Pechou o sobre rezando para ter forzas para facelo algún día.

Por último, dixo adeus ás súas cousas; era hora de marchar. Colocouse diante do espello e comezou a espirse, prenda por prenda, soño frustrado a soño frustrado, bágoa a bágoa. Non quería facelo, pero non tiña máis remedio, a pobreza é a pobreza, a necesidade é a necesidade.

Sáíu da casa e botou a andar. Sentiuse máis aliviada cando se percatou de que ninguén a miraba. Sentiuse máis preocupada cando ninguén a miraba. Porque xa non era unha persoa, porque xa non estaba á altura dos habitantes dese barrio. En realidade nunca o estivo, chegara xa ao barrio rico, o dos millóns e chalets, o das estrelas e ricos, o dos cartos e o capitalismo. Entrou no supermercado sentido noxo por todos aqueles que a rodeaban.

Aínda que deslumbrada pola iluminación excesiva do recinto, conseguiu camiñar con decisión até o fondo do local. Nunca fora, nunca o vira, mais o seu obxectivo estaba localizado dende pequena só por ser muller obreira en barrio pobre. “Hai que ter saídas, ningunha muller vai morrer de fame se non quere”. A voz da súa nai retumbou na cabeza, non morrería pero sentía que estaba bastante preto.

Parou ao primeiro encargado que divisou. “Venda?” dixo despois de mirala de arriba a baixo. Estaba ao bordo do colapso, as palabras non saían así que asentíu. Seguiuno a duras penas até o almacén onde o empregado a etiquetou.

“Produto DFT5R789GFT, en cantas partes o dividimos?”. Ogallá estar xorda para non escoitar esa conversa sobre ela. “En cantas poidas, hai pouca oferta e moita demanda ultimamente”.

Clic. Primeira etiqueta. Decidira hai unha semana que non as contaría. Tampouco quería saber onde estaban, mais queimaban, pesaban,

proían. Primeira etiqueta: fronte. A súa cabeza comezou darlle voltas ao significado, realmente non quería, pero xa non controlaba nada do que pasaba, nin sequera a ela mesma.

O pelo. Excelente perruca natural, se ela tivese cartos tamén a mercaría. Sempre foi unha das mellores cualidades que tivo, pelo sedoso, brillante e coidado, vaia, até que non se puido permitir o xampú. Clic. Segunda etiqueta: na boca. Aquí xa comezou a ver por onde ían os tiros, a tendencia era escalofriante e noxenta, remexíase o seu corpo de só pensalo. Non podía aceptalo, quería saír correndo. Pero xa non podía, non era cidadá, non era Helena, era DFT5R789GFT e os produtos non andan a menos que os manden.

Clic. Terceira: lingua. Quixo pensar que era pola súa opinión. Quixo pensar que era porque alguén quería escoitala. Non quixo aceptar que nin era para iso, nin que a propia etiqueta a silenciaba. Clic. Clic. Clic. Unha en cada peito e outra no medio de ambos. A dicotomía da súa existencia coma obxecto: sexo e maternidade. Ambos non desexados. Ambos obrigados. Ambos por cartos. Ambos por necesidade. Ambos por non morrer, non ela, senón os seus fillos.

Clic. Clic. Pola posición dunha etiqueta, tería máis fillos pero non serán seus. Pola posición da outra, sería violada por cartos. Ela non quería dar o seu consentimento pero tampouco tiña máis remedio. Tivo que repetirse que non era seu o consentimento, agora era do cliente e este sempre ten a razón, aínda que o produto non queira.

“Xa está, agora camiña até unha vitrina. Sorte sendo seleccionada”. Non se asustou tanto pola súa opinión, entrou en pánico polo sorriso que acompañou á frase. En serio era ter sorte ser explotada? En serio cría que ela quería isto? En serio cría que quería rezar nese momento por que non a demacrasen demasiado para volver ver á súa familia? Abriu a porta e entrou no expositor. A cadea de ideas non cesaba, era un obxecto pero para a súa desgraza non deixara de pensar, nin de sentir. Observou o supermercado dende o outro lado do cristal,

xente rica sen máis preocupacións que escoller a que evento asistirán ou que muller escollerán para que para ás súas crianzas. Desexaba non estar aí. Desexaba non ter que chegar a venderse por non poder sobrevivir de traballos precarios. Desexaba poder ver os seus críos. Desexaba ser infértil e non ter que sufrir violacións nin embarazos forzosos. Desexaba poder ser, unicamente, man de obra barata. Desexaba non ser muller. Máis ben, desexaba non ser muller pobre e poder volver a casa cos seus nenos.

Mentres tanto, na televisión do local era retransmitido o telexornal co discurso do presidente na ONU polo aniversario da Declaración dos Dereitos Humanos, ao ser o noso país un dos primeiros en firmala e aceptalos coma dereitos inalinábeis. Unha mágoa que os produtos non os teñan.

Sol Martín Centlivre
Terceiro premio, categoría B

“Los robots estamos aquí desde el principio de los tiempos. El aire que respiráis es nuestro, la tierra que pisáis nos pertenece.” Eso dijo Alicia. ¿Quién es Alicia? —te preguntarás. Su nombre significa verdad. Simboliza la perfección, la omnisciencia; es nuestra líder. ¿De quién? Qué impaciente. Interrogar es de mala educación, hazte a la idea. Ella dirige nuestro país: la Caverna. ¿Dónde...? Veo que empiezas a comprender. Nadie la ha visto nunca. Nadie ha escuchado su voz. Es un misterio. Ahora, déjame contarte una historia.

Hugo no era un robot y lo sabía. Sus padres trataban de consolarlo diciendo que un día hallaría la máquina en su interior: que su piel se endurecería y adquiriría un brillo metálico, sus brazos tendrían la fuerza de una grúa, sus oídos la agudeza de un radar. Pero, en el fondo, todos sabían la verdad: eso nunca ocurriría.

En unos meses se enfrentaría a la Prueba. En ella determinarían el porcentaje de hibridez de su cuerpo. La cifra le permitiría estudiar en las mejores universidades o, por el contrario, resignarse a ser basureiro, mendigo... Tendero, como mucho. Pero él no tenía nada de robot: lo sabía y no hacía por cambiarlo.

Nacho sí era un robot y lo sabía, aunque, si alguien le hubiese preguntado por qué, no habría podido responder. Probablemente nunca se

había planteado qué es un robot, y en parte por eso lo era. Él también afrontaría la Prueba.

Era una mañana fresca de primavera. La calle estaba llena de puestos de todo tipo. Hugo podía oler una mezcla de especias, jabones, café y... mmm, ¡crepes!

Le encantaban los días de mercado. Si notara las miradas de los autómatas, penetrantes y juzgantes; si se diera cuenta de cómo los transeúntes se giraban para mirarlo o les niños lo señalaban con el dedo; si pudiera ver, quizá no le gustarían tanto. Pero sus ojos verdes dormían profundamente desde el día en que nació.

Los ojos grises de Nacho estaban despiertos. Eran nítidos como el objetivo de una cámara, precisos como un reloj. Sin embargo, él también era ciego. Por supuesto, si le hubieran preguntado, lo habría negado, y en parte por eso lo era.

Llegaron a aquel edificio donde se aprendía a no cuestionar. ¿Qué mueve los coches? La energía. ¿Qué es la energía? Lo que mueve los coches. No entiendo tu duda. ¿Cuánto son tres por dos? Seis. ¿Por qué? Porque lo dice la calculadora, que nunca se equivoca. Tal vez en un futuro lleguéis a ser como ella.

Hugo era como tú: no había aprendido a comportarse. Pero no le miraban distinto por eso. No, había otro motivo. Lo despreciaban por robarles el aire e invadir un espacio que no era suyo. Cada cual tiene un lugar y allí debe quedarse —pensaban los robots (porque así pensaba Alicia). Es orden, simplemente. No tenemos los recursos ni las ganas de acoger y civilizar a gente extraña que se queja de sus problemas y, en vez de arreglarlos, acude en busca de nuestro refugio.

Dios mío, aprendes demasiado rápido. Creo que ha sido suficiente, ya entiendes cómo funciona. Deja de mirarme así; es incómodo, gris. Puedes hacer preguntas. ¿Ninguna? ¿En serio? Bueno, continuaré...

Nadie salía del país, jamás. ¿Para qué? El viaje era agotador, no había caminos definidos y, lo más importante, todo era distinto fuera. Allí, en tierra extranjera. Todo lo que consideras obvio, natural, razonable, puede ser mentira. Eso es algo que pocas personas soportan, de modo que mejor quedarse. Bajo la protección de Alicia, que todo lo sabe, todo lo puede y todo lo controla.

Nacho admiraba a su líder. Quería ser como ella, especialmente ahora que faltaba tan poco para la gran Prueba. Por eso se escapó de su casa a buscarla, para aprender de su sabiduría.

Hugo, técnicamente, tenía a la misma líder; sin embargo, si le hubiesen preguntado, lo negaría, y en parte por eso Alicia no era en absoluto significativa para él. Lo que siempre había querido era huir, especialmente a un mes de la Prueba. Por eso se fue a donde le llevarán sus pies, lejos de todo.

¿Cómo se las apañó sin ver? —espero que te hayas preguntado (porque espero que no creas todo lo que cuento). A veces la vista no es lo más importante. Puede que Hugo careciera de ella, pero sus demás sentidos estaban tremendamente desarrollados. Más incluso que los de un robot, me atrevería a decir.

Nacho atravesó la pradera que rodeaba la ciudad y llegó a un bosque. Los árboles tapaban parcialmente la luz del sol, creando sombras y bajando la temperatura. De vez en cuando, escuchaba el sonido de una ardilla o un ave. El bosque estaba fuera de su control, y eso no le gustaba. Se sentía incómodo, casi enfadado. Al cabo de un rato, la vegetación se hizo menos espesa, hasta salir a un claro. La hierba era demasiado alta; salvaje. Recordó el trabajo de su padre como jardinero. Él sabía mantenerla a raya. Lo hacía con entrega y delicadeza, hasta que llegó ese niño, Hugo, a su clase. El arrogante que no paraba de hacer preguntas y, por si fuera poco, cuya madre le quitó el trabajo. Su padre fue ascendido, pero esa mujer no entendía el oficio. Dejaba las plantas crecer más de lo debido porque “con un centímetro

de margen, muestran su personalidad". Pero ¿qué más da que sean rosas o violetas?

De pronto, escuchó una rama partirse: solo otra imperfección que no podía cambiar. Siguió caminando. Otro sonido, y otro más fuerte. Parecía una voz. Subió corriendo una cuesta para averiguar de dónde salía y descubrió un mar enorme. Alguien estaba en el agua, al borde de la muerte. Si pudiera ver, Hugo habría distinguido una pequeña mancha color beige en el cuello del chico al que estaba siguiendo. Se expandía lenta pero constantemente. Como un cáncer, habría pensado Nacho, que tampoco la vio.

Guiado por la voz, que ya se había callado, alcanzó el borde de un acantilado, desde donde observó a alguien aferrarse a un tronco. No sintió pena: era una persona totalmente humana y se veía a la legua que no procedía de su país. No era sonido, sino ruido. La mancha de su cuello se paró.

¿Tanto había andado? ¿Hasta la frontera del país? Bueno, los límites de Caverna no están determinados. Hay quien vive a las afueras y no sabe que está dentro. En realidad, depende de sus habitantes. Se podría definir como ese espacio en el que viven robots.

Pero hay muchos grados de hibridez, entonces... ¿El mundo entero es Caverna? Quizá. Me alegro de que lo hayas planteado.

Hugo, que tenía mejor oído, había escuchado los gritos de socorro; sin embargo, fue el silencio lo que le atravesó el corazón. Habría saltado, aun sin conocer la altura del precipicio, para ayudar a esa persona, pero sabía que no serviría de nada. No sin una cuerda. El lugar no era desconocido para él. Más de una vez se había sentado a observar cómo se hundían barcas, sin poder ayudar. Todo porque los robots no se dignan a poner una escalera.

Recordó cómo había llegado él con sus padres, sobre una balsa hinchada de esperanza que se pinchó en una de las rocas afiladas del alto acantilado. Esperaba una playa. No una de arenas blancas y suaves, de aguas turquesas cálidas y en calma. Solo una de piedras que al menos no destrozaran sus pies descalzos. En nombre de Alicia, su ciudad había sido saqueada, derruida, unos años atrás. Y todavía se atrevían a preguntar por qué no eran capaces de arreglar sus problemas. Como si fuera culpa suya. Cruzó el mar enfrentándose a las olas porque así evitaría las balas. Porque esperaba una playa, solo eso.

Menos mal que, al menos, no podía verlo — podrías pensar. Te equivocas; ya lo había visto. El miedo, la desesperación, el último aliento... Claro que lo había visto, perfectamente. Su compañero, en cambio, no lo veía, y eso sí que era una pena.

Nacho, en realidad, no sabía a dónde iba. “Buscar a Alicia”. Un concepto bastante abstracto. Al darse cuenta, sorprendentemente, no le pareció estresante. A veces está bien no tener un destino.

Hugo tampoco tenía ni idea, pero encontrar un robot como aquel fuera de la capital era inusual; no se lo podía perder.

El próximo hallazgo fue una cabaña de madera. ¿Por qué no? Nacho llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—*Ignacio. —Se arrepintió de sus estúpidas palabras nada más pronunciarlas.*

No me extraña que respondiera mal, es una cuestión más complicada de lo que podría parecer en un principio. ¿Quién soy para mí, para mi entorno o para ti? O quizá la verdadera pregunta es por qué he llamado a tu puerta. ¿Qué busco?

Una mujer abrió y lo miró extrañada. Su cara en sí era una interrogación.

—Tengo sed. —Tampoco era la respuesta adecuada, pero no era mentira.

—¡Por Naoki, haberlo dicho antes! —Rio e hizo un ademán para que pasara.

—Naoki —repitió Nacho—. Vaya nombre más raro. Hace gracia, incluso.

—No es gracioso; es nuestro jefe.

—Todo el mundo sabe que solo hay una líder, que no jefa, y su nombre es Alicia —replicó, divertido. Vaya disparate.

¿Había salido de Caverna? Más o menos. ¿Cómo que...?

Al ver que iba en serio, se quedó inmóvil, con el ceño fruncido. Desde la ventana, Hugo habría podido ver un hilillo de humo saliendo de los engranajes del mecanismo esférico que tenía por cabeza.

—¿No me crees? Pregunta a cualquiera. Me darán la razón. Naoki es nuestro ejemplo a seguir. Como esa tal Alicia de la que hablas. Y hay más, ¿no lo sabías? Igual que hay pueblos independientes. —Paró un momento, temiendo que el chico explotara delante de sus narices.

—Entonces... ¿el agua? —La mancha se extendió por su espalda mientras los pilares de su realidad se desmoronaban uno a uno.

—Yo creo que esa líder tuya es una invención —pensó en voz alta mientras salía de la habitación.

—¿Alicia es mentira? ¿Por eso nadie la ha visto nunca? —preguntó en cuanto apareció por la puerta con el vaso. Ya no le importaba ser

maleducado. Más bien era una plegaria, algo así como “dime que ella no es mentira”.

— Yo no he dicho eso. ¿Alguna vez has visto el viento? No, pero por él se mueven las ramas. Es solo que... Mírate. ¿Realmente os hace bien?

Nacho lo sintió como un insulto. Bebió el agua de un trago y salió por la puerta, no sin antes hacer algún comentario inapropiado.

Ni siquiera conocía su nombre; no le importaba. Había puesto en duda a su líder y eso era intolerable. No obstante, la mancha seguía ahí. Notaba sus piernas cansadas; más ligeras, pero menos fuertes. Lo atribuyó a ese estúpido viaje que ya había durado bastante. Apretó el amuleto de su colgante. Fue un mes difícil, comiendo arroz y patatas, pero mereció la pena para conseguirlo. Su familia pasó una vez por malos momentos y no quería que se repitiera, así que compró una protección contra el hambre.

Todavía no había visto el bonito tatuaje que teñía su piel, ahora algo más blanda en determinadas zonas. Y menos mal, porque habría supuesto un trauma; especialmente a un mes de la Prueba. Pero no tardaría en fijarse.

Hugo no podía verlo, claro está.

Pero lo vio, ¿no es así? Exacto. Sabía que no existe el tacto en la piel de metal, y Nacho se quejó de algunas plantas puntiagudas —cosa que no había hecho antes—. Entonces entendió. ¿Qué, qué entendió? Que Alicia es lo que queramos que sea. ¿Y ya está? Una historia debe tener planteamiento, nudo y desenlace.

Bueno, quizá te haya engañado. Resulta que este es el principio y el final depende de ti. ¿Quieres ayudar a Hugo? ¿Quieres destruir a los robots y la Caverna? Despierta, abre la mente. Sé el oxígeno que oxida la dura piel gris, la escalera que nadie se digna a poner en el acantilado.

